Un muro y una atalaya: ¿Por qué está fracasando Israel?

ILAN PAPPÉ :: 13/12/2023

Los colonos ya desde 1920 vieron que necesitaban usar la fuerza para lograr su objetivo de convertir una Palestina árabe, musulmana y cristiana en una Palestina judía europea

Es muy posible que algunos pensadores y líderes del movimiento sionista, allá por la Europa de finales del siglo XIX, imaginaran, o al menos esperaran, que Palestina fuera una tierra vacía y que, si había gente allí, fueran tribus nómadas desarraigadas.

Si este hubiera sido el caso, muy posiblemente los refugiados judíos que se dirigían a esa tierra vacía habrían construido una sociedad próspera y, tal vez, habrían encontrado una manera de evitar polarizarse con el mundo árabe. Lo que sí sabemos, de hecho, es que muchos de los primeros arquitectos del sionismo eran perfectamente conscientes del hecho de que Palestina no era una tierra vacía.

Estos arquitectos del sionismo eran demasiado racistas y antiorientalistas, como el resto de Europa, para darse cuenta de cuán progresista era la sociedad palestina en relación con ese período, con una élite urbana educada y politizada y una comunidad rural que vivía en paz dentro de un genuino sistema de cooperación. existencia y solidaridad.

La sociedad palestina estaba en el umbral de la modernidad, como tantas otras sociedades del mundo; una mezcla de herencia tradicional y nuevas ideas. Esta habría sido la base de una identidad nacional y una visión de libertad e independencia en esa misma tierra que habían habitado durante siglos.

Los sionistas ciertamente sabían de antemano que Palestina era tierra de palestinos, pero percibían a la población nativa como un obstáculo demográfico que debía eliminarse para que el proyecto sionista de construir un Estado judío en Palestina tuviera éxito.

Así es como la frase sionista "La cuestión de Palestina" o "El problema de Palestina" entró en el léxico político de la política mundial. A los ojos de los dirigentes sionistas, este "problema" sólo podría resolverse desplazando a los palestinos y reemplazándolos con inmigrantes judíos. Además, había que arrancar a Palestina del mundo árabe y construirla como un puesto de avanzada, al servicio de las aspiraciones del imperialismo y el colonialismo occidentales de apoderarse de Oriente Medio en su conjunto.

Todo comenzó con Homa y Migdal: un muro y una torre de vigilancia.

'Muro y Atalaya'

Estos dos elementos fueron vistos como los hitos más importantes en el "regreso" judío a la tierra supuestamente vacía, y todavía están presentes en todos los asentamientos sionistas hasta el día de hoy.

En aquella época, las aldeas palestinas no tenían muros ni torres de vigilancia, y todavía hoy

no las tienen.

La gente entraba y salía libremente, disfrutando de la vista de los pueblos a lo largo del camino, así como de la comida y el agua disponibles para cada transeúnte.

Los asentamientos sionistas, por el contrario, guardaban religiosamente sus huertos y campos y percibían a cualquiera que los tocara como ladrones y terroristas. Por eso, desde el principio, no construyeron hábitats humanos normales, sino bastiones con murallas y torres de vigilancia, desdibujando la diferencia entre civiles y soldados en la comunidad de colonos.

Por un breve momento, los asentamientos sionistas ganaron el elogio de los movimientos socialistas y comunistas de todo el mundo, simplemente porque eran lugares donde se experimentó con el comunismo de manera fanática y sin éxito. La naturaleza de estos asentamientos, sin embargo, nos dice, desde el principio, lo que significó el sionismo para la tierra y su gente.

Quienquiera que llegara como sionista, ya fuera con la esperanza de encontrar una tierra vacía o decidido a convertirla en una tierra vacía, fue reclutado por una sociedad militar de colonos que sólo podía implementar el sueño de la tierra vacía por pura fuerza.

La población nativa rechazó la oferta de, en palabras de Theodore Herzl, ser "llevada lejos" a otros países.

A pesar de la enorme decepción por la retractación británica de sus promesas iniciales de respetar el derecho de autodeterminación de todos los pueblos árabes, los palestinos todavía esperaban que el Imperio los protegiera del proyecto sionista de reemplazo y desplazamiento.

En la década de 1930, los líderes de la comunidad palestina entendieron que ese no sería el caso. Por lo tanto, se rebelaron, sólo para ser brutalmente aplastados por el Imperio que debía protegerlos, según el «Mandato» que recibió de la Liga de Naciones.

El Imperio también se mantuvo al margen cuando el movimiento de colonos perpetró una enorme operación de limpieza étnica en 1948, que resultó en la expulsión de la mitad de la población nativa durante la Nakba.

Sin embargo, después de la catástrofe, Palestina todavía estaba llena de palestinos, y los expulsados se negaron a aceptar cualquier otra identidad y lucharon por su regreso, como lo hacen hasta el día de hoy.

Mantener vivo el «sueño»

Quienes permanecieron en la Palestina histórica continuaron demostrando que la tierra no estaba vacía y que los colonos necesitaban usar la fuerza para lograr su objetivo de convertir una Palestina árabe, musulmana y cristiana en una Palestina judía europea.

Cada año que pasa, es necesario utilizar más fuerza para lograr este sueño europeo a

expensas del pueblo palestino. En 2020, ya se cumplirán cien años de un intento continuo de implementar, por la fuerza, la visión de convertir una "tierra vacía" en una entidad judía. Además, por algunas razones democráticas y teocráticas, parece que no hay consenso judío sobre esta parte de la "visión".

Miles y miles de millones de dinero de los contribuyentes estadounidenses eran, y todavía son, necesarios para mantener el sueño de la tierra vacía de Palestina –y la incesante búsqueda sionista para realizarlo.

Para mantener el sueño fue necesario emplear diariamente un repertorio sin precedentes de medios violentos y despiadados contra los palestinos, sus pueblos y ciudades, o contra toda la Franja de Gaza.

El costo humano pagado por los palestinos por este proyecto fallido ha sido enorme, y ronda los 100 mil muertos hasta la fecha.

El número de palestinos heridos y traumatizados es tan elevado que probablemente cada familia palestina tiene al menos un miembro, ya sea un niño, una mujer o un hombre, que puede incluirse en esta lista.

La nación de Palestina –cuyo capital humano fue capaz de mover economías y culturas en todo el mundo árabe– se ha visto fragmentada y se le ha impedido agotar este increíble potencial para su propio beneficio.

Éste es el trasfondo de la política genocida que Israel está aplicando ahora en Gaza y de la campaña de matanzas sin precedentes en Cisjordania.

¿Sólo democracia?

Estos trágicos acontecimientos plantean, una vez más, el enigma: ¿Cómo pueden Occidente y el Norte Global afirmar que este violento proyecto de mantener a millones de palestinos bajo opresión lo lleva a cabo la única democracia en Medio Oriente?

Quizás lo más importante sea aún: ¿por qué tantos partidarios de Israel y los propios judíos israelíes creen que éste es un proyecto sostenible en el siglo XXI?

La verdad es que no es sostenible.

El problema es que su desintegración podría ser un proceso largo y muy sangriento, cuyas principales víctimas serían los palestinos.

Tampoco está claro si los palestinos están dispuestos a asumir el poder, como movimiento de liberación unido, tras las etapas finales de la desintegración del proyecto sionista.

¿Podrán deshacerse de la sensación de derrota y reconstruir su patria como un país libre para todos en el futuro? Personalmente, tengo gran fe en la joven generación palestina, que podrá hacerlo.

Esta última fase podría ser menos violenta. Podría ser más constructivo y productivo para

ambas sociedades, la de los colonos y la del pueblo colonizado, si la región y el mundo intervinieran ahora.

Si algunas naciones dejaran de enfurecer a millones de personas al afirmar que un proyecto centenario –destinado a vaciar una tierra de sus pueblos indígenas por la fuerza– es un proyecto que refleja una democracia ilustrada y una sociedad civilizada.

Si esto sucediera, los estadounidenses podrían dejar de preguntarse “¿Por qué nos odian?” Y los judíos de todo el mundo no se verían obligados a defender el racismo judío utilizando el antisemitismo y la negación del holocausto como armas.

Con suerte, incluso los cristianos sionistas volverían a los preceptos humanos básicos que defiende el cristianismo y se unirían a la coalición decidida a detener la destrucción de Palestina y su pueblo.

Las corporaciones multinacionales, las empresas de seguridad y las industrias militares, por supuesto, no se unirían a una nueva coalición que se oponga al proyecto de vaciar la tierra palestina. Sin embargo, podrían ser cuestionados.

El único requisito previo necesario es que nosotros, un pueblo judío ingenuo que todavía cree en la moralidad y la justicia, entendamos verdaderamente que detener el intento de vaciar Palestina es el comienzo de una nueva era, de una vida mucho mejor, de un mundo para todos.

---

* *Ilan Pappé es profesor en la Universidad de Exeter, Inglaterra. Anteriormente fue profesor titular de ciencias políticas en la Universidad de Haifa. Es descrito como uno de los "nuevos historiadores" de Israel que, desde la publicación de los documentos pertinentes de los gobiernos británico e israelí a principios de la década de 1980, han estado reescribiendo la historia de la creación de Israel en 1948.*

The Palestine Chronicle.

_____

https://www.lahaine.org/mundo.php/un-muro-y-una-atalaya